



Periódico obrero
BIMENSUAL

Redacción y Administración
ESTRELLA, 110

Al propio tiempo que, después de la comida, se reanudaban los trabajos en fábricas y talleres. un *esquirol* de la fábrica Seydoux, un matón de los que forman la pandilla del *Monsieur*, disparó tres ó cuatro tiros de revólver sobre un grupo de obreros que curioseaban en las inmediaciones de aquella fábrica, sin que, por fortuna, ^{CS} lograra hacer blanco.

La indignación, contenida á duras penas desde muchos días, se retrató en todos los semblantes; de pronto, como si un mismo pensamiento hubiese guiado á los que presenciaron la hazafia de aquel hontote, se formaron y salieron de allí numerosas comisiones para los cuatro puntos de la población. Momentos después abandonaban el trabajo los operarios de las fábricas próximas al lugar del suceso; á las cuatro de la tarde quedaban funcionando solamente tres ó cuatro fábricas. A las cinco el paro era general, así en los establecimientos fabriles como en todos los oficios. A esta hora una imponente multitud invadía la Rambla y calles adyacentes. La protesta fué general, unáni-

28 de Noviembre

He ahí una fecha que difícilmente olvidarán los trabajadores sabadellenses.

No recordamos un ácto parecido al realizado el martes de la semana pasada por los doce mil trabajadores que forman la población obrera de Sabadell.

He aquí, en cuatro palabras, lo sucedido.

Enero
1900

ful
1899
XXII

me, treménda, hasta donde pueda serlo una manifestación de protesta sin alborotos ni tumultos.

Tres días y algunas horas pasaron en huelga esos doce mil trabajadores, tres días que habrían podido reducirse á poco más de uno, si los interesados en desvirtuar los actos de los obreros no hubieran, con sus mañas, aplazado el momento de conjurar el conflicto. Durante esos tres días, á pesar de haberse celebrado dos *meetings*, á pesar de haberse verificado el sepelio de una joven huelguista, á cuyo ácto asistieron más de dos mil personas, á pesar de la imponente manifestación del martes, a pesar de que abundaron las oportunidades para promover algaradas, ni el más pequeño incidente se produjo, antes bien, la digna y pacífica actitud de todos hizo innecesarias las precauciones tomadas por nuestras autoridades.

¡Qué contraste el que ofrecía aquella multitud de obreros, paseando tranquilamente por nuestras calles, sin dar lugar á una sola reconvención, comparada con las dos ó tres docenas de fabricantes que allí, encerrados en su local la calle de San Quirico, urdían burdas tramas para dificultar la reanudación de los trabajos, armando fenomenales escándalos, cuyos ecos llegaban hasta la calle, como para demostrar que la moral y las buenas costumbres no son patrimonio de los que tienen monopolizadas escuelas y universidades!

Alguien dijo—«La Revista de Sabadell», ¿quién había de ser?—que la coacción estaba á la orden del día y que los *huelguistas obligaron* á que cesaran los trabajos en algunos establecimientos cuyas industrias *nada* tenían que ver con la *huelga general*. Desahogo y no poco, afan de desvirtuar los hechos, se necesita, para mentir tan á sabiendas como lo hizo la burguesa «Revista» y para asegurar que había establecimientos cuyas industrias nada tenían que ver con la *huelga general*, que, si era *general*, no era tal *huelga*, sino una simple manifestación de protesta contra atropellos que hasta entonces habían quedado poco menos que

impunes, con lo cual, diga lo que quiera la «Revista», tienen que *ver* todas las industrias habidas y por haber que no sean lo que seguramente es la citada «Revista».

Coacciones, si las hubo, fué por parte de los patronos, algunos de los cuales se tomaron la libertad de cerrar las puertas de sus fábricas sin dar previo aviso á sus operarios, con la intención sin duda de privar la comunicación de los que, ajenos á lo sucedido, continuaban trabajando, con los que habían iniciado el paro. Estas fueron las únicas coacciones que se hicieron el martes de la semana pasada, aunque lo contrario le *parezca* á ese mercenario papel con honores de periódico, cuya vida, íntimamente ligada á la voluntad de los que lo inspiran, se extinguiría si por una sola vez faltara á los compromisos que á buen seguro tiene contraídos con sus contados suscriptores.

En honor de la verdad debemos hacer constar que el acto llevado á cabo por los obreros sabadellenses, acto digno por todos conceptos y acreedor al mayor encomio, no fué como pretenden dar á entender la «Revista» y otros papeles de la misma *ganadería*, el resultado de coacciones y violencias, sino fruto espontáneo de un común sentir, sacudida de un pueblo harto de insultos y atropellos, digna manifestación de una clase que poco á poco va comprendiendo, indentiéndose con el sublime principio de solidaridad; de no ser así habría fracasado aquel movimiento, pues poco ó nada significa la violencia para hacer abandonar el trabajo á doce mil obreros, si andan de por medio los consabidos *maîtres*.

Precisaba, para lograr aquel inesperado resultado, que algo más lógico y razonable que la violencia, más justo y más humano, decidiera el paro general. Este algo fué la justa indignación producida por los atropellos que á ciencia y paciencia de pueblo y autoridades llevaban cometidos algunos mal llamados obreros; lo de los disparos, la agresión del martes fué lo que acabó con la cordura que hasta entonces había contenido la indigna-

ción de pequeños y grandes. A las dos horas de haberse iniciado el paro, Sabadell en masa había abandonado el trabajo; y esto, lo repetimos, no se logra con coacciones ni violencias de ninguna clase. ¡Oh! comprendemos perfectamente que esto les cause extrañeza á los que nunca concibieron un ideal de justicia; persuadidos estamos de que á estas horas no se han dado todavía una explicación satisfactoria de cómo es posible que una misma idea, un mismo pensamiento, pudiera guiar en un momento dado á doce mil obreros. No, no; no es posible que nuestros adversarios, gente que no comprende la vida sin rebaños de esclavos y oprimidos, pueda formarse una idea, siquiera sea abstracta, de lo que significa un acto como el de que venimos ocupándonos; su inteligencia, atrofiada por el dinero, necio y único ideal que defienden contra viento y marea, yerran siempre que tratan de explicarse nuestra conducta; porque, juzgándonos por lo que son en sí ellos mismos, nos consideran madera de su madera, creen que adolecemos de sus defectos, que somos egoístas, ambiciosos, inhumanos, se figuran que, como ellos, somos insensibles á todo sentimiento que no tenga relación con el oro ó con los deleites que este proporciona. ¡Estúpidos!

No seremos nosotros, á fé de explotados, los que hagamos por sacarles del error en que viven; demasiado sabemos lo tercos que son algunos de nuestros patronos y el caso que harían de nuestras observaciones.

Además, juzgamos beneficioso para nuestra causa, casi necesario, que esos señores continúen firmes en sus trece; la letra con sangre entra; la explotación, las arbitrariedades, las injusticias, los atropellos, son un elocuente tratado de educación social, á la vez que un poderoso reconstituyente de agotadas energías, sin las cuales pronto estaríamos á merced de nuestros declarados enemigos.

Bendigamos, sí, bendigamos los errores de la burguesía, ya que con ellos no solamente contribuyen á su propia derrota,

facilitando por ende nuestro triunfo, si que también nos dan ocasión para demostrar que en nuestro interior anidan sentimientos y afectos que ellos no conocen, que nos colocan muy por encima de ellos en lo que toca á principios morales.

A ellos, á ellos solamente, á los *consejeros* de M. Marty sobre todo, debemos esa edificante página que de hoy en adelante honrará la historia del pueblo obrero de Sabadell.

Fechas y acontecimientos como el que en adelante nos recordará el 28 de Noviembre de 1889, no deben olvidarse nunca.

No la olvidemos nosotros.

Con el presente número entra EL TRABAJO en el segundo año de su publicación.

Cuando, hará poco más de un año, se habló de publicar un periódico puramente obrero, tentados estuvimos de combatir un propósito que juzgábamos descabellado; más tarde, cuando el Consejo de la Federación nos confirió el cargo de redactores del por entonces futuro órgano de los trabajadores sabadellenses, lo aceptamos, sí, pero con la desconfianza que es de suponer, en primer lugar, porque sabíamos que habían fracasado cuantas tentativas se habían llevado á cabo para publicar un periódico de aquella índole y porque cuantos han llegado á ver la luz pública han contado sus meses de vida por los sacrificios que han debido imponerse los interesados en su publicación; luego, porque no nos juzgábamos con aptitud bastante para redactar un periódico, aunque este fuera de las modestas condiciones de EL TRABAJO.

Persuadidos de que la nuestra sería una tentativa más, pusimos manos á la obra, y el 4 de Diciembre del año pasado apareció nuestro primer número.

Contra lo que esperábamos, el público le dispensó una favorable acogida. Esto nos estimuló á ser consecuentes en nuestra empresa.

Contando siempre con la benevolencia de nuestros lectores, hemos venido emborronando cuartillas sobre cuartillas, procurando siempre amoldarnos al objetivo de las sociedades de resistencia y siguiendo en línea recta la senda que nos trazamos en nuestro primer número.

Así hemos llegado hasta el presente.

Literalmente hablando, lo hemos hecho mal, ¿qué duda cabe? pero, en buena ó mala forma, hemos emitido nuestras opiniones, bien ó mal hemos combatido lo que juzgamos contrario á los intereses de los trabajadores y señalado los medios que, á nuestro entender, pueden mejorar sus condiciones económicas. Creemos haber cumplido con nuestro deber. Algo más podríamos haber hecho; pero nos faltaron medios, no voluntad.

Así debió haberlo comprendido nuestros lectores, cuando, á pesar de los defectos de que adolece nuestra publicación, han continuado prestándole su incondicional

apoyo; apoyo que, somos los primeros en reconocerlo, podremos merecer por la sinceridad que informa nuestros trabajos, mas no por la forma harto defectuosa de nuestros escritos.

Que de hoy en adelante haremos cuanto nos sea dable hacer para continuar mereciendo ese apoyo, no debemos decirlo; persuadidos de que la línea de conducta seguida ahora es la que debe seguir en adelante EL TRABAJO, y convencidos de que la forma de las cosas es lo de menos cuando su fondo revela buenos deseos y mejores intenciones, continuaremos firmes en nuestro sitio, despreciando la necia crítica de nuestros contados adversarios.

LA REDACCION.

La circular del Sr. Sanz y Escartín

El gobernador civil, don Eduardo Sanz y Escartín, ha dirigido una importante (importante según «El Noticiero») circular á todos los alcaldes de esta provincia.

El tal documento, redactado seguramente sin otra intención que la de matar el tiempo, como vulgarmente se dice, demuestra que su autor desconoce por completo el asunto que trata, ó, cuando menos, que se ha formado un concepto erróneo de las condiciones de trabajo que rigen en muchos pueblos de esta provincia y, sobre todo, de los grados de *humanidad* que calzan la gran mayoría de nuestros patronos.

Desengáñese el Sr. Sanz Escartín; una cosa es tratar estas cuestiones á través de los alambres del telégrafo, repantigados en cómodos sillones, y otra el pasar once ó doce horas delante de un telar ó dándole al yunque y tener luego que resolver el problema de la vida con un miserable salario, único producto de un trabajo muchas veces insostenible. Podrá ser; nuestro gobernador un gran retórico, pero le falta mucha, muchísima práctica. Desc el Sr. Escartín un paseito por las colonizadas riberas del Llobregat, lleguese por ellas hasta Manresa, visite los pueblos y villorios que tanto abundan en aquella montañosa comarca, y véngase, camino haciendo, á esta bendita Manchester catalana, centro de múltiples explotaciones, la de tiernos niños y niñas inclusive. Estamos seguros, segurísimos, de que esta pequeña excursión dejaría muy mal impresionado á nuestro gobernador, y por creer estamos que influiría para que en adelante se abstuviera de redactar documentos que no pueden surtir los efectos que se propuso su autor.

La mayoría, por no decir todos los conceptos de la circular del Sr. Escartín, no podrían resistir á la más leve crítica. Nosotros mismos podríamos demostrarle con datos y números que las condiciones de trabajo, lejos de mejorar, han empeorado, de algunos años á esta parte, de una manera escandalosa, pese á la *influencia bien-*

hechora y á las encíclicas de SS. León XIII, cuyo socialismo, dicho sea de paso, conocen la mayoría de los patronos como conocen el de Malatesta. ¡Pues qué! Ahí van á ocuparse esos señores de asuntos ó estudios ajenos á su caja!

« Es de justicia — dice el Sr. Sanz Escartín — reconocer que en la gran mayoría de los establecimientos industriales de esta provincia se observa un criterio de humanidad y de concordia en las relaciones entre patronos y obreros..... »

También en esto se equivoca nuestro gobernador, y no precisamente porque los trabajadores se resistan á entablar relaciones de humanidad y de concordia con sus patronos, sino porque éstos, *lejos de perjudicarse en sus intereses para cumplir altos deberes de humanidad*, solo se preocupan de apretar el tornillo de la explotación, único deber que se imponen... en detrimento de sus intereses (!) y única humanidad que comprenden y practican.

Patronos de este jaez, en Sabadell y en muchas partes, los más claros se tocan. Hablar, pues, de humanidad y concordia es divagar.

Lo de proteger á las mujeres y niños contra las consecuencias de trabajos penosos é inadecuados, ya es miel de otro panal. Interin esperamos (sentados) que ese proyecto de ley se traduzca en hechos, auguramos á sus patrocinadores un completo fracaso. ¿Por qué? Porque la costumbre, abuso ó lo que sea de trabajar mujeres y niños en faenas impropias de su sexo y de su edad, dimanar, tanto como de la codicia de los patronos ó de la falta de una ley (teoría del Sr. Escartín) que ampare á los patronos que, contra su voluntad, se ven precisados á practicar en sus fábricas lo mismo que condenan, de la necesidad, de la miseria que exige de los padres, haciendo caso omiso de su voluntad, el sacrificio de sus hijos. El problema es más complejo de lo que á primera vista parece, arranca de más hondo de lo que muchos creen, por cuyos motivos no creemos pecar de exagerados al decir que, ni con una, ni con diez, ni con cien leyes sobre el trabajo de mujeres y niños, no se logrará estirpar la explotación de menores, baldón y oprobio, á pesar de todas las leyes habidas, y tentados estamos de decir por haber, de los pueblos que se jactan de civilizados.

Acabaremos diciendo con el Sr. Sanz y Escartín, que las huelgas constituyen para los obreros el único medio, por triste que sea, de defender sus intereses, discrepando, sin embargo, de su parecer en lo de los casos *verdaderamente excepcionales* y en lo de que estos casos son cada vez más raros, pues á nuestro entender las huelgas se imponen cada vez con más fuerza, para hacer entrar en razón á los que no se entienden de otras razones que las que favorecen sus insondables bolsillos.

En esto de los patronos, no lo dude el Sr. Sanz Escartin, cuanto más andamos, menos valemos.

ENRIQUE P. C.

EN SERIO Y EN BROMA

Buena, pero buena de veras viene *La Protesta* de Valladolid, desde que sus columnas se ven honradas con la firma de *Un obrero*.

El tal obrero lleva gastadas resma y media de papel y algunos litros de tinta en decir pestes de nosotros.

Y lo que es por ahora parece que el hombre tiene hecho propósito de no abandonar el campo.

En su último aborto, después de llamarnos (cuidado con desfallecer) reaccionarios, ¡nada menos que reaccionarios! espeta el siguiente dilate: EL TRABAJO, con sus jurados mixtos, etc.

Todos nuestros lectores saben que solo una vez se ha tratado en nuestras columnas de semejantes instituciones; lo que no saben seguramente es que el que se encargó de hablar de los jurados fué precisamente *Un obrero*, el mismo que ahora nos dice eso de EL TRABAJO, con sus jurados mixtos...

¡Vaya un desparpajo!

De buena gana le llamaríamos embustero, canalla, charlatan, etc., etc., pero nos tememos que, como de costumbre, esos y otros calificativos no harían mella en su dura corteza.

Nuestro Gremio de Fabricantes, en reunión celebrada el 29 del pasado Noviembre, acordó apoyar la actitud de los Sres. Seydoux y C.^a contra los huelguistas.

Era de esperar.

Sin embargo, bueno será que los *Mesieurs* no depositen mucha confianza en ese apoyo.

Por que Sabadell tiene fama de *ser terra de gitanos*... y le dejan á uno esquilado...

Entre nuestros fabricantes hay algunos que no paran en barras cuando se trata de redondear su negocio.

Y bueno fuera que para facilitar la venta de sus géneros hicieran mangas y capirotos para que la fábrica Seydoux dejara de producir.

Lo cual resultaría muy gracioso.

La Protesta nos ha llamado la atención sobre una habilidad nuestra, en la cual no habíamos atinado.

Sabemos hacer planchas.

Así lo dice *La Protesta*, y cuando élla lo dice sus motivos tendrá.

Lástima, sin embargo, que, á pesar de nuestros afanes, no podamos igualarnos á nuestro colega en la práctica de tales ejercicios.

Porque siempre resultarán nuestras planchas

inocente juego de niños si se las compara con las suyas, sobre todo con la de atribuirnos la paternidad de *El Liberalismo es pecado* y con la de hablarnos de *sagrada teología y cánones*, que es como si dijéramos hablarnos en griego.

¡Si creará «La Protesta» que en nuestra redacción figuran hábitos largos!

Indudablemente los informes que de nosotros tiene nuestro colega proceden ó le han sido facilitados por «Un Obrero».

Y es lástima que así sea, pues, así en Sabadell como en Tarrasa, hasta los chicos de la escuela habrían podido decirle cuántos, qué y quienes son todos los que redactan EL TRABAJO.

Que un agente de la autoridad vele exageradamente por el orden público, permitiéndose, en un exceso de celo, ciertas arbitrariedades, lo comprendemos; pero que uno de esos agentes, *distinguido* por añadidura, se permita gritar y alborotar en medio de la calle, diciendo que la huelga de la fábrica Seydoux se terminaría con mandar cien á presidio, y amenazar con cortar no sabemos cuantas lenguas, la verdad, dice muy poco en favor del cuerpo y nos parece así como una bofetada al reglamento.

De desear sería que no se repitieran escenas como la que presenciaron algunas personas en las inmediaciones de la fábrica Seydoux.

ENRIQUE.

El conflicto Anglo-boer

El mundo entero tiene fija su atención en el sangriento drama que está desarrollándose en el extremo sur del continente africano. Diríase que la humanidad entera asiste á la representación de un espectáculo nuevo, nunca visto; tanto es el interés que ha despertado.

Sin embargo, lo que sucede no tiene nada de extraordinario, es la historia de siempre, la fuerza tratando de vencer á la razón y á la justicia. La codicia del poderoso, su amor á lo ajeno, su perfidia, sus infamias, van á llenar otra página de la historia, de esa historia que con tanto cinismo vienen escribiendo desde remotos tiempos los tiranos de los pueblos. Otra vez va á demostrarse que entre hombres no hay más razón que la fuerza, ni otros argumentos que los fusiles y cañones.

Irrita pensar que hoy, como mil años atrás, la ley de la fuerza permite al poderoso pillar y saquear á diestro y siniestro, solo y sin otra razón que la de convenirle lo que de derecho pertenece á otros.

Hoy les ha tocado el turno á los boers. El coloso de los pueblos, como llaman algunos á la pérfida Albión, ha puesto sus ojos sobre el Trans-

vál, y no cesará hasta que logre clavar sus uñas en la presa que excita su envidia. Nada importa que la lucha sea desigual, que medie entre ambos combatientes la diferencia que va de un tigre á un manso cordero; nada importa que los boers lleven agotados fuerzas y capitales en hacer de aquellas áridas tierras un país rico y fertilizado; nada importa que aquellas pacíficas repúblicas hayan ofrecido los tesoros que encierran en sus entrañas á cuantos extranjeros han tenido á bien explotarlos: Inglaterra no se dá por satisfecha con los huevos de oro, quiere, ambiciona con toda la fuerza de sus egoístas instintos, la gallina que los pone; el Transvál.

Para justificar su conducta, Inglaterra invoca nada menos que la palabra humanidad. ¡Humanidad, élla, Inglaterra, la que emplea las balas *dum-dum*, la que organiza cuerpos de ejército para aplastar por el número á los que con viril entusiasmo defienden su libertad, sus derechos, la tierra que han fecundizado con el sudor de sus rostros! ¡Humanidad, élla, Inglaterra, la que por algunos puñados de oro lleva la desolación y la muerte á un pueblo que vivía tranquilo, vertiendo raudales de sangre, no ya de los que, de seguro, llama enemigos, sino de sus propios hijos, que arranca del hogar, para conducirlos á la guerra, á la gloria..... de defender la más abominable de las injusticias.

¿Es eso humanidad?... Sí; debe serlo cuando las demás naciones, ¡las grandes potencias!, sancionan con su neutralidad la consumación del inicuo despojo que prepara Inglaterra; debe serlo cuando los demás países, ¡los países cultos y civilizados!, contemplan con estúpido entusiasmo la lucha del fuerte contra el débil, jaleando ó los combatientes, como á principios de nuestra Era lo hacía la chusma romana que asistía á las luchas del circo.

Sí; indudablemente eso es humanidad; pero se incurrió en un error al definir el sentido de tan bella palabra; humanidad no significa, como equivocadamente dicen los diccionarios, amor, dulzura, benignidad, clemencia, etc., etc.; es solo el burdo y socorrido pretexto de que echan mano los fuertes y poderosos para justificar lo que no tiene justificación posible; sus canalladas, sus infamias, sus crímenes.

Hasta ahora los ingleses, á pesar de sus millones, de sus acorazados y de sus legiones, muy superiores en número á las de sus víctimas, van de derrota en derrota. Aquel puñado de valientes colonos tiene en jaque al coloso, al espantajo de Europa.

¿Es que, al fin, la razón y la justicia prevalecen? ¿Es que los cañones y fusiles no pueden ya contra los que se escudan con aquellos sublimes principios? ¿Será verdad tanta belleza?

No; desgraciadamente, hoy como ayer, en el Transvaal como en cualquiera otra parte, la fuerza continúa siendo la fuerza, y la razón y la justicia una idea que pugna inútilmente por manifestarse, burlada y escarnecida de continuo, ametrallada y casi siempre vencida, si en aras de una causa justa trata de apoyar á los débiles y oprimidos.

Las continuas victorias que obtienen los boers deben atribuirse solamente á la identidad de aspiraciones que reina entre ellos, á la táctica de sus jefes, á su disciplina, en una palabra, al inquebrantable deseo que tienen todos de defender á todo trance lo que sus enemigos tratan de usurparles.

Imitemos esa conducta los obreros, y habremos dado con el secreto de vencer á nuestro mayor enemigo; la fuerza del capital.

J. CLARO.

Noticias y Comentarios

A nuestros lectores.—Habiéndose ocupado extensamente la prensa diaria de los sucesos ocurridos en nuestra ciudad durante la última semana, hemos creído procedente, para no cansar á nuestros lectores, no ocuparnos de tan manoseado asunto.

A propósito de la prensa diaria; debemos hacer constar que todos ó casi todos los periódicos de la vecina capital, algunos de los cuales enviaron á nuestra ciudad corresponsales especiales, han hablado en sentido favorable para los obreros, consignando la actitud pacífica y noble á la vez de los *huelguistas*, y censurando la conducta de los que provocaron el pasado conflicto.

Recordamos, entre los periódicos que más se distinguieron por su imparcialidad, á «Las Noticias», «El Diluvio», «La Autonomía» y «La Campana de Gracia», de Barcelona todos. «La Renacimiento» y «La Vanguardia», de Barcelona también, y «El Imparcial», «El País» y «El Liberal», de Madrid, mal informados sin duda por sus corresponsales, publicaron telegramas que distaban mucho de reflejar la verdad de lo sucedido.

«La Revista de Sabadell»... lo mejor será no menear la conducta del decano de nuestros diarios; huele á podrido una legua á la redonda y podríamos contagiarnos.

La atención que le han prestado todos los periódicos, demuestra la importancia del acto llevado á cabo por todos los trabajadores sabadellenses la semana pasada.

Otra sociedad.—Ha quedado legalmente

constituida una Sociedad de oficiales fundidores, la cual, probablemente, ingresará en la Federación Obrera.

Hacemos votos para que así sea.

Como se trata á nuestras hijas.— Cuando por casualidad oímos decir que el Cristianismo ha emancipado á la mujer, no podemos evitarlo, empieza por retazarnos la risa por el cuerpo y acabamos por sentir así como ganas de llorar, cuando hartos ya de reír, consideramos que aún quedan muchísimos cándidos con tragaderas bastantes para aceptar como artículo de fé aquella y otras paradojas que dificultan la marcha progresiva de los pueblos.

Hay que sacudir tan necias creencias. La emancipación de la mujer, en España sobre todo, verdadero usufructo de frailes, monjas y sacerdotes, no parece por ninguna parte, y todo induce á suponer que, á pesar de la superabundancia de tocas y sayales de que gozamos, no han llegado ni llegarán por ahora hasta nosotros, es decir, hasta nuestras mujeres, los nunca bien ponderados beneficios de la nunca bien ponderada obra del Cristianismo.

Como no pongamos algo de nuestra parte, está visto que Dios y sus sacerdotes van á dejarnos de su mano, importándonos un bledo que ya en este mundo empecemos á tocar las consecuencias de un infierno en el cual no es posible una vida medianamente feliz.

Sin salirnos de nuestra ciudad, de esta ciudad culta é ilustrada, según han dicho propios y extraños, en la que tanto abundan los patronos con ribetes de Cristianismo, podemos formarnos un cabal concepto de lo que es la mujer en estos tiempos de regeneración (á lo Silvela), y de lo que será dentro de algunos años, cuando ya mujeres las que hoy son inocentes niñas, no tengan de la vida en sociedad otras nociones que las que, como de limosna, el régimen actual les enseña. ¡Qué madres de familia! ¡Qué hogares los que ellas dirijan! ¡Qué maestras para nuestros nietos! ¡Qué mujeres!

Ved esas niñas de ocho y de menos años, desempeñando el cargo de auxiliares de *anudadoras* y *pasadoras*, encerradas, si el trabajo apremia, hasta ¡las doce de la noche!, haciendo sobrehumanos esfuerzos para que sus párpados, vencidos por el sueño, no se cierren, temerosas de que sus *mestras* las reprendan ó dejen caer algun bofetón de los que despiertan... ¿No es esto una vergüenza? ¿Se puede hablar de emancipación existiendo esa infame trata?

Y si de esa inicua explotación material, que cuenta por miles sus víctimas, pasamos á lo que podríamos llamar explotación moral, ó, para hablar con más propiedad, corrupción de menores, ¿qué palabras, por duras que sean, son bastante para reprobar, para condenar, para maldecir la sociedad que tales crímenes fomenta?

Precisa conocer á fondo la vida de la fábrica para poder formarse una idea de lo que en ella aprenden esas precoces obreras; precisa haber oído los obscenos diálogos, las lascivas palabras que delante de esas niñas se pronuncian, para convencerse que de allí al vicio, al lupanar, solo media un paso.

Y como si esto no fuera bastante para amargar la dicha—en el supuesto de que pueda haber dicha para nosotros—de los padres, que obligados por la fuerza de la necesidad deben acceder al sacrificio de sus hijas; como si no fuera bastante el martirio á que se condena á esas infelices, exigiéndoles un trabajo impropio de su edad y de sus fuerzas; como si no fuera bastante la prostitución de su espíritu, ahí están algunos brutos (léase mayordomos y aún patronos) en espera de que la niña se haga mujer, para exigir de ella, empleando los brutales argumentos de la fuerza, lo que, dada su horrible fealdad moral, no podrían obtener de buenas á buenas.

Tal le sucedió á una agraciada joven de catorce ó quince años, no hace muchos días, en una de nuestras fábricas. Parece que su mayordomo, y patrono á la vez, *hombre* ya de bigotes, casado y cargado de familia, sintió, á la vista de la aludida joven, despertar sus bestiales instintos, lo cual bastó y sobró para que concibiera la idea de tomar por la fuerza lo que de antemano sabía no le sería concedido voluntariamente....

Huelgan detalles. Baste con saber que la joven supo defenderse de la acometida del bruto y que está... continúa bueno y sano en su importante salud y tan bruto como de costumbre.

Dígalo, si no, la canallada de despedir á una hermana de la agredida por el mero hecho de que ésta, temiendo ser víctima de una nueva agresión, abandonó el trabajo y procuró poner tierra entre ella y su... enamorado. ¡Miserable! ¿Que cómo se llama ese canalla corruptor? En el *Vapor de las semarretas* darán informes. Nosotros, aunque lo sabemos, nos abstenemos de citar su nombre por razones fáciles de comprender: hay acciones que repugnan, que producen náuseas; pero hay nombres que manchan, que contagian cuanto tocan.

Nuestras columnas, aunque solo fuera para condenar su repugnante conducta, son un sitio demasiado honroso para que en él figure el nombre de tan asqueroso sujeto.

Un comentario antes de terminar.

Lo sucedido en el *vapor de las semarretas* no es un caso raro, ni mucho menos; y á pesar de esto, vergüenza causa el decirlo, aún quedan padres, ¡y madres!, que maltratan y atropellan á sus hijas, si estas se niegan á ser carne de mayordomos y patronos. Entre las huelguistas de la fábrica Seydoux se han dado algunos casos. Padres y madres ha habido que han amenazado con echar de casa á sus hijas, si estas se hubiesen negado á traicionar á sus compañeros de clase, si se hubiesen resistido á rendir tributo á la explotación que simboliza la fábrica Seydoux.

Para legar hábitos de servilismo y obediencia á nuestros hijos, para darles la falsa y denigrante educación del esclavo, para entregarlos á la voracidad de los explotadores, es un crimen engendrarlos.

Señor Alcalde.—En nuestro último número, comentando la pésima conducta de los *esquirols* que populan en la fábrica Seydoux, presagiábamos graves sucesos; estos sucesos no se hicieron esperar.

Hoy, viendo que continúan aquéllos en su imprudente conducta, nos permitimos llamar de nuevo su atención, persuadidos de que usted... se quedará tan fresco.

El último sábado, es decir, pocas horas después de haberse conjurado el pasado conflicto, unos treinta *esquirols*, armados de garrotos algunos de ellos, se presentaron, desafiando á todo el mundo con la mirada, en el café de los Campos. La bronca que allí se armó fué de órdago.

La noche del mismo día, en número de ocho, entraron en una peluquería situada en la Rambla. Entrar esa gente en el establecimiento y retirarse los clientes que estaban esperando turno fué todo uno. Alarmado el dueño de la peluquería, suplicó á los *esquirols* que se retiraran, ya que su presencia, lejos de favorecer su establecimiento, lo perjudicaba. No sin irse un poco de palabras, se retiraron los borregos del *Monsieur*.

Entre tanto se había formado un numeroso grupo de curiosos delante de la peluquería, por medio del cual tuvieron que pasar los *esquirols* al retirarse; nadie dijo esta boca es mía, y, á pesar de esto, un *esquirol*, cuyo nombre y domicilio tenemos á su disposición, se permitió desafiarse á todos los presentes, espetando la bravata de que *de tots no 'n ténia per un pá y beure*.

De continuar tales imprudencias—porque im-

prudencias son y no otra cosa eso de ir á tomar café de treinta—estamos seguros, segurísimos, de que tenemos orden por pocos días.

A usted, como primera autoridad local que es, le toca prevenir lo que pueda suceder; aconseje usted á los *esquirols* que depongan su guerrera actitud y que, en lugar de recorrer nuestras calles formando numerosos grupos, que por fuerza han de llamar la atención de los transeuntes, acudan al café ó á lo que sea solos ó, todo lo más, de dos en dos, y así se evitarán escenas y hechos que solo disgustos han de proporciónarle.

Estamos seguros que por valientes que sean los borregos del Marty, no dejarán de estar en un todo conformes con lo de que lo prudente no quita á lo valiente.

Los catalanistas de Sabadell.—Con este epigrafe publicaba nuestro apreciado colega «El Diluvio», en su número 336, un suelto que, debido sin duda á un descuido de compaginación, resultaba incomprensible.

He aquí la parte omitida, que aclara y justifica los conceptos del suelto en cuestión.

En la reunión celebrada el primero del corriente en los salones del Gremio de fabricantes se tomó el acuerdo ó cosa así de que, siempre que los trabajadores de una fábrica ó taller cualquiera abandonaran el trabajo por no importa qué motivos, los demás patronos vendrían obligados á plantear y llevar á efecto un paro general.

Los que más se distinguieron en la defensa de semejante proposición, verdadero conflicto latente, fueron el dueño de cerrajería Sr. Folguera, el fabricante Sr. Capmany y el Sr. Grau, catalanistas los tres á macha martillo, y amigos íntimos los dos últimos del primero, que es el que hace los trabajos de cerrajería de la fábrica Seydoux y, por consiguiente, el que más cerca está de sus trabajadores, animados del justo deseo de facilitar el triunfo de los huelguistas, se nieguen á reparar las máquinas del mencionado establecimiento en tanto no se llegue á un arreglo favorable para los que abandonaron el trabajo.

Y dice, muy bien por cierto, «El Diluvio»:

«El ya citado cerrajero Folguera es ó fué presidente del «Centre Catalanista» de Sabadell, y, según se nos dice, sus actos están en completa oposición con los discursos de carácter regionalista que de cuando en cuando ha espetado.

A raíz de las últimas elecciones municipales el «Centre Catalanista» que ya presidía el mentado cerrajero, invitó á la Federación Obrera para, de común acuerdo, constituir un Ayuntamiento, y ahora resulta que el Folguera es uno de los que más encarnizadamente se propone combatir á los que deseaba tener como aliados.

Con gentes del jaez de Folguera al frente, no es de creer que el catalanismo haga adeptos en Sabadell.»

Imprenta de P. Tugas.—Calderon, 26.—SABADELL

R. Co
Vauq